

mo afecto, y repitiéndole muchas veces, como lo vemos á menudo en los Salmos: en uno solo repite veinte y siete veces: *Quoniam in eternum misericordia ejus*, Psalmo CXXXV, predicando y engrandeciendo la misericordia de Dios; y en el salmo CL, en solos cinco versos que tiene nos despierta y convida once veces á alabar á Dios. Y Cristo nuestro Señor nos enseñó tambien con su ejemplo este modo de orar, y de perseverar en una misma cosa en la oracion del huerto; porque no se contentó con hacer una vez aquella oracion á su Padre eterno, sino segunda y tercera vez tornó á repetir la misma oracion: *eumdem sermonem dicens*, Matth. XXVI; y aun á la postrera, dice el sagrado Evangelio, mas prolijamente que al principio, deteniéndose mas en la oracion, para enseñarnos á nosotros á insistir y perseverar en la oracion en una misma cosa, dando y tomando en ella una y otra vez; porque de esa manera y con esa perseverancia vendremos á alcanzar la virtud y perfeccion que deseamos.

## CAPÍTULO XVI.

*Cómo nos podremos detener mucho en la oracion en una misma cosa; y pónese la práctica de un modo de oracion muy provechosa, que es ir descendiendo á casos particulares.*

Resta que digamos el modo que podremos tener para ir en la oracion deteniéndonos en el afecto de una misma virtud mucho tiempo, pues es de tanto provecho, como habemos dicho. El medio comun y ordinario que se suele dar para esto, es procurar de continuar este mismo acto y afecto de la voluntad, ó tornarle á reiterar y repetir de nuevo, como quien da otro golpe á la rueda para que no pare, ó como quien va echando leña al horno, ayudándonos para esto unas veces de la misma primera consideracion que al principio nos movió á ese afecto y deseo, tornando á despertar con ella la voluntad, cuando vemos que se va resfriando, diciendo con el Profeta: *Convertere, anima mea, in requiem tuam; quia Dominus benefecit tibi*. Psalm. CXIV. Despierta, ánima mia, y vuélvete á tu descanso: mira cuánto te va en esto, y cuánto es razon que hagas por el Señor á quien tanto debes. Y cuando ya la primera consideracion no bastare ni nos moviere, habémonos de ayudar de otra nueva consideracion, ó pasar á otro

punto; porque para eso habemos de llevar siempre prevenidos diversos puntos, para que cuando se nos acabare el uno, que ya parece que aquello no nos mueve, pasemos á otro y otro que de refresco nos mueva, y nos aficione á aquello que deseamos: y mas, así como acá para evitar el fastidio que suele causar el continuar á menudo un mismo manjar, solemos guisarlo de diversas maneras, y con aquello parece nuevo y nos da nuevo gusto; así tambien para poder perseverar mucho tiempo en una misma cosa en la oracion, que es el manjar y mantenimiento de nuestra ánima, es buen medio guisarla de diversas maneras; y esto podemos hacer unas veces pasando á otro punto y á otra consideracion, como ahora decimos: porque cada vez que con diversa razon ó consideracion se mueve y actúa uno en una cosa, es como guisarla de otra manera, y así con eso se hace como nueva; y tambien aunque no haya nueva razon ni nueva consideracion, el afecto de una misma virtud se puede guisar de muchas maneras; como si trata uno de la humildad, unas veces se puede estar deteniendo en el conocimiento propio de sus miserias y flaquezas, confundiéndose y despreciándose por ellas: otras se puede detener en deseos de ser despreciado y tenido en poco de otros, no haciendo caso de la opinion y estima de los hombres, sino teniéndolo todo por vanidad: otras se puede estar

confundiendo y avergonzando de ver las faltas en que cada día se coge, y en pedir á Dios perdon y remedio de ellas: otras admirándose de la bondad de Dios que le sufre, no pudiendo nosotros algunas veces sufrirnos á nosotros mismos: otras dándole gracias porque no le ha dejado caer en otras cosas mayores; y con esta variedad y diferencia se evita el fastidio que suele causar la continuacion de una misma cosa, y se hace fácil y gustoso el durar y perseverar en los actos y afectos de una misma virtud, con lo cual se va ella arraigando y entrañando mas en el corazon; porque, al fin, así como la lima cada vez que pasa por el hierro lleva algo; así cada vez que hacemos un acto de humildad ú otra virtud, se va desbastando y quitando algo del vicio contrario.

Fuera de esto hay otro modo para perseverar en la oracion en una misma cosa muchos días, muy fácil y muy provechoso, que es ir descendiendo á cosas particulares. Notan aquí los maestros de la vida espiritual, que no nos habemos de contentar con sacar de la oracion un deseo ó propósito general de servir á Dios, ó aprovechar y ser perfectos así en comun; sino que habemos de descender en particular á aquello en que sabemos que podremos servir y agradar mas á Dios: ni tampoco nos habemos de contentar con sacar deseo general de alguna virtud

particular, como de ser humildes, de ser obedientes, de ser pacientes ó mortificados; porque ese deseo ó veleidad de la virtud así en general, aun los viciosos le tienen; porque como la virtud es cosa hermosa y honrosa, y de mucho provecho para esta vida y para la otra, es cosa fácil amarla y desearla así en general; sino que en esa misma virtud que deseamos, habemos de descender á cosas particulares; como si tratamos de alcanzar una conformidad grande con la voluntad de Dios, habemos de descender á conformarnos con su voluntad en cosas particulares, así en la enfermedad como en la salud, así en la muerte como en la vida, así en la tentación como en la consolación: y si tratamos de alcanzar la virtud de la humildad, habemos de descender en particular, imaginando casos particulares, y que suelen ó pueden ofrecerse de nuestro desprecio y desestima; y así en las demás virtudes: porque estos son los que mas se sienten, y en lo que está la dificultad de la virtud, y en lo que ella mas se prueba y echa de ver; y esos son los medios con que se alcanza la misma virtud. Y habemos de poner primero ejemplo en cosas menores y mas fáciles, y despues en otras mas difíciles, que nos parece las sentiríamos mas, si se ofreciesen; y así ir añadiendo y subiendo poco á poco, actuándonos en ellas, como si las tuviésemos presentes, hasta que no se nos ponga nada delante

en aquella virtud que deseamos, sino que á todo hagamos rostro, y quede todo el campo por nuestro: y cuando hay algunas ocasiones verdaderas de presente, en esas nos habemos de ejercitar primero, disponiéndonos para llevarlo bien y con provecho cada uno conforme á su estado. Añadia un siervo de Dios, que siempre en la oración habíamos de proponer algo que hacer aquel mismo dia: tan en particular, como esto, quieren que descendamos en la oración.

Esta es una de las cosas mas provechosas en que nos podemos ejercitar en la oración; porque, como habemos dicho, nuestra oración ha de ser práctica, que quiere decir, enderezada á la obra, que nos ayude á obrar la virtud que deseamos, y á allanar las dificultades, y vencer las repugnancias que se nos pueden poner delante: y para esto importa mucho ejercitarse y ensayarse primero en eso, á la manera que hacen los soldados, que antes de la guerra se suelen ejercitar en justas, torneos, escaramuzas y otros ejercicios semejantes, por estar preparados y diestros para la verdadera guerra. Y así Casiano encomienda mucho este ejercicio, para vencer los vicios y pasiones, y alcanzar las virtudes (1). Y aun allá dijo Plutarco, y tambien Séneca: Los ig-

(1) Cassian. collat. 19, capit. 16; Plutarco. epistol. ad Pac. de tranquillitate animæ; Senec. lib. de consolatione ad Helvian. cap. 5.

norantes no entienden cuanto hace al caso, para aliviar los trabajos, ejercitar en ellos el pensamiento. Aprovecha mucho, dicen, ocupar siempre el pensamiento en consideraciones de trabajos; porque así como aquel que ocupa siempre el pensamiento en cosas fáciles y deleitables se hace flojo y para poco, y en ofreciéndosele alguna cosa desapacible y enojosa, recibe mucha pena, y acostumbrado á la vana y vil delicadeza vuelve las espaldas, y se acoge á pensar en cosas dulces y agradables; así aquel que se acostumbra á imaginar siempre enfermedades, destierros, cárceles, y todas las otras adversidades que pueden acaecer, estará mas dispuesto y apercebido para cuando vinieren, y hallará que estas cosas espantan mas al principio, que pueden dañar al fin. San Gregorio dijo esto muy bien: *Minus enim jacula feriunt, quæ prævidentur*. Hom. 35 sup. Evangelium. No lastima tanto el golpe cuando lo estábais esperando y le teníais ya medio tragado, como cuando os coge de repente. Claro está que espantan mas los enemigos cuando vienen de sobresalto, que cuando los estaban aguardando.

Es maravilloso ejemplo á este propósito el que leemos en el lib. 5, cap. 1 de la vida de nuestro Padre san Ignacio. Estando una vez enfermo, díjole el médico que no diese lugar á tristeza ni á pensamientos penosos, y con esta ocasión comenzó él á pensar atentamente

dentro de sí, ¿qué cosa le podría suceder tan desabrida y dura, que le afligiese, y turbase la paz y sosiego de su alma? y habiendo vuelto los ojos de su consideración por muchas cosas, una sola se le ofreció, la cual él tenia mas en el corazón, y era, si por algun caso nuestra Compañía se deshiciese. Pasó mas adelante, examinando cuánto le duraría esta aficción y pena en caso que sucediese, y parecióle que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese y estuviere en oración se libraría de aquel desasosiego, y se tornaría á su paz y alegría acostumbrada; y aun añadía mas, que tendría esta quietud y tranquilidad, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. Esta es muy buena y muy provechosa oración.

Dice el apóstol Santiago en el capítulo v de su Canónica: *Tristatur aliquis vestrum? Oret*: Cuando sintiereis alguna tristeza ó desconsuelo, acudid á la oración, que ahí hallaréis el consuelo y el remedio; y así lo hacia el profeta David: *Renuit consolari anima mea: memor fui Dei, et delectatus sum*. Psalm. LXXXVI. Cuando se sentia desconsolado, acordábase de Dios, y levantaba su corazón á él; y luego su alma se llenaba de gozo y de consuelo: Esta es la voluntad de Dios, él lo quiere así; él contento, todos contentos. Pues así como despues de venida la ocasión y el trabajo, es muy buen

remedio acudir á la oracion, para llevarlo bien y con provecho; así tambien importa mucho tomar este remedio de antemano, para que no se nos haga despues nuevo, sino fácil y llevadero. San Crisóstomo en la *homilia de orat.* dice, que una de las cosas principales por que el santo Job estuvo tan fuerte y tan constante en sus adversidades y trabajos, fue porque se habia prevenido para ellos de la manera que habemos dicho, premeditándolos é imaginándolos, y actuándose en ellos, como en cosa que le podía suceder, conforme á aquello que él mismo dice: *Quia timor, quem timebam, evenit mihi, et quod verebar, accidit.* Job, v. Pero si vos no estais prevenido en eso, y si aun en el deseo sentís dificultad, ¿qué será en la obra? Si aun estando en la oracion, y léjos de la ocasion, no sentís en vos ánimo y fortaleza para abrazar aquel oficio, ó aquel ejercicio, ó aquel trabajo y desprecio, ¿qué será cuando esteis fuera de la oracion, y con la dificultad de la ocasion y de la obra, y sin la consideracion y meditacion del ejemplo de Cristo que nos alienta y anima? Aun allá lo habréis deseado mucho en la oracion, y despues, cuando se ofrece la ocasion, faltais, ¿qué será si no estais prevenido, y si aun en la oracion no lo deseais? «Si el que propone falta muchas veces, ¿qué será del que tarde ó nunca propone?» *Thom. de Kempis.*

Con esto damos muy copiosa materia para poder durar y perseverar en la oracion en una misma cosa y en un mismo afecto muchas horas y muchos días; porque las cosas particulares que se nos pueden ofrecer, y á que podemos descender, son sin cuento; y para llegar á hacer rostro á todo, hay bien que hacer. Y cuando llegáreis á eso, que os parece que sentís en vos ánimo y esfuerzo para todo, y que lo llevaréis de buena gana; no penseis que está ya acabado el negocio, aun nos falta mucho que andar; porque hay mucho del dicho al hecho, y del deseo á la obra. Claro está que la obra es mas dificultosa que el deseo; porque en la obra el objeto está presente, y en el deseo en sola la imaginacion. Y así nos acontece muchas veces que en la oracion estamos muy fervorosos, que no parece que se nos pone nada delante; y despues al tiempo de la obra, cuando se ofrece la ocasion, nos hallamos muy léjos de lo que pensábamos; y así no basta que sintais en vos esos deseos, sino habeis de procurar que los deseos lleguen á ser tales y tan eficaces, que se extiendan á la obra; porque esa es la prueba de la virtud. Y si veis que no concuerdan las obras con los deseos, sino que cuando se ofrece la ocasion os hallais otro del que os parecia que érais en la oracion; confundíos, que todo se os va en deseos, ó por mejor decir, confundíos, que no deben de ser deseos

verdaderos, sino antojos é imaginaciones; pues una cosa muy liviana os turba é inquieta despues, y os hace volver atrás: y como el oficial cuando no le salió bien la obra la torna otra vez á la fragua para hacerla de nuevo, ó ajustarla y que venga bien; así vos tornad á la fragua de la oracion, para fraguar mejor esos deseos; y no pareis hasta que diga y concuerde bien la obra con el deseo, y no haya en qué tropezar.

Y aun cuando llegáreis á eso, que os parece que llevais bien las ocasiones que se os ofrecen, no penseis que está ya todo acabado; porque en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la virtud; porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se os ofrecieren, que es el primer grado de la virtud. «Súfrela con paciencia, si no puedes con alegría.» Y con eso habrá en qué entender algunos días, y aun hartos. Y cuando llegáreis á sufrir con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, aun os quedaria mucho que andar para llegar á la perfeccion de la virtud; porque, como dicen los filósofos, la señal de haber uno alcanzado la perfeccion de la virtud, es esa, cuando obra las obras de ella *prompte, faciliter, et delectabiliter*: con prontitud, con facilidad y con deleite. Pues mirad si obrais las obras de la virtud de la humildad, de la pobreza

de espíritu, de la paciencia y de las demás, con prontitud y facilidad, y con deleite y gusto; y en eso veréis si habeis alcanzado la virtud: mirad si os holgais tanto con el desprecio y deshonra como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion, que es la regla que nos pone nuestro Padre (1) sacada del Evangelio: mirad si gustais y os holgais tanto con la pobreza en la comida, y en el vestido y en el aposento, y de que lo peor de casa sea para vos, como el avariento con las riquezas y abundancia: mirad si os holgais tanto con la mortificacion y con el padecer, como los del mundo con el descanso y regalo; pues si habemos de llegar á esta perfeccion en cada virtud, bien tendrémos en qué entender aun en una sola por muchos días, y aun por ventura años.

#### CAPÍTULO XVII.

*Que en la consideracion de los misterios habemos de ir tambien de espacio y no pasando por ellos superficialmente: y de algunos medios que nos ayudarán para esto.*

En la consideracion de los misterios divinos importa tambien mucho cavar y ahondar en una misma cosa, y no pasar por ellos de corrida; porque mas nos apro-

(1) Cap. 4 Exam. § 44; et regul. 11 summarii.

vechará un misterio bien considerado y ponderado, que muchos superficialmente mirados. Por esto nuestro Padre en el libro de los Ejercicios espirituales hace tanto caso de las repeticiones que trae cada ejercicio; luego manda que se haga una y otra repeticion; porque lo que no se halla en la primera vez, perseverando mas, se halla: *Quia qui querit, invenit, et pulsanti aperietur.* Matth. vii; Numer. xx. Moisés dió con la vara en la piedra, y no sacó agua; y dió otra vez, y sacó agua: y al otro ciego del Evangelio no le curó Cristo de una vez, sino fuéle curando poco á poco: primero le echó saliva en sus ojos, y preguntóle ¿si veia algo? Dice que unos bultos; pero que no divisaba bien lo que era: *Videó homines, velut arbores, ambulantes.* Marc. viii. Los hombres le parecian árboles. Tornó el Señor á poner las manos sobre sus ojos, y sanóle del todo, que veia ya clara y distintamente. Así suele ser en la oracion, que tornando una y otra vez sobre la misma cosa, y perseverando en ella, va uno descubriendo mas; como cuando uno entra en un aposento oscuro, que al principio no ve nada, y si se detiene, va viendo algo; y particularmente habemos de procurar detenernos siempre en la consideracion de las cosas, hasta quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene; porque ese es uno de los frutos prin-

cipales que habemos de sacar de la oracion, y en que es menester que vayamos bien fundados, como dijimos arriba en el cap. 9.

Viniendo á los medios que nos ayudarán para considerar y ponderar de esta manera los misterios; cuando el Señor envia su luz divina, y abre los ojos del alma, halla esta tanto que considerar y en que detenerse, que puede decir con el Profeta: *Revela oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua. Lætabor ego super eloquia tua, sicut qui invenit spolia multa.* Psalmo cxviii. Este segundo lugar declara el primero: Alegrarme con la abundancia de los misterios y maravillas que hallé en vuestra ley, como se alegra el que despues de alcanzada la victoria halla muchos despojos. Al bienaventurado san Francisco y á san Agustin los dias y las noches enteras se les pasaban en aquellas dos breves palabras: ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? *Et noverim te, et noverim me:* Conózcame á mí, y conózcate á tí. *Et Deus meus, et omnia:* Dios mio, y todas las cosas; que es un modo de oracion muy conforme á aquel que dice el profeta Isaias que tienen aquellos ciudadanos del cielo, que suspensos con la contemplacion de aquella divina Majestad, están perpétuamente cantando, diciendo y repitiendo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.* Isai. vi. Lo mismo dice san Juan en su Apocalipsi, tratando de aquellos misterios animales que estaban delante del

trono de Dios: *Et requiem non habebant die ac nocte, dicentia: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est.* Apoc. iv.

Pero para llegar á eso es menester que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte, acostumbrándonos á detener en los misterios, ponderando y ahondando las cosas particulares de ellos, y que nos ejercitemos mucho en eso. Gerson dice (1), que uno de los principales medios que podemos poner, y que nos ayudará mucho para saber tener bien esta oracion, será el ejercicio muy continuo de ella. No es negocio este que se enseñe con retórica de palabras, ni que se ha de aprender con oír muchas pláticas, ni leer muchos tratados de oracion, sino con echar mano á la obra, y ejercitarnos mucho en ella. Cuando una madre quiere enseñar á andar á su hijo, no se está una hora en dar documentos del modo que ha de tener en andar, diciéndole que mude los piés, ahora de esta manera, ahora de la otra, sino poniéndole en el ejercicio le hace andar, y de esa manera aprende y sabe el niño andar. Pues ese ha de ser el medio con que hemos de aprender esta ciencia. Y aunque es verdad que para alcanzar el don de oracion, ú otro alguno sobrenatural, no es bastante ningun ejercicio nuestro, sino que nos ha de venir de la graciosa y liberal

(1) Gerson, 3 part. Alphab. 76, litt. D; et Alphab. 77, litt. Z.

mano del Señor: *Quia Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus prudentia, et scientia,* Prov. ii, v. 6; pero quiere su Majestad que nosotros nos ejercitemos en eso, como si por solo ese medio lo hubiéramos de alcanzar; porque dispone él todas las cosas suavemente: *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter,* Sapient. viii; y así dispone las obras de gracia conforme á las de naturaleza; y como las demás ciencias y artes se alcanzan con el ejercicio, quiere él enseñarnos esta ciencia tambien de esa manera. Tañendo se aprende á tañer, y andando se aprende á andar, y orando se aprende á orar; y así dice Gerson que la causa por que el dia de hoy hay pocos contemplativos, es por falta de este ejercicio. Antiguamente vemos que en aquellos monasterios de monjes habia tantos varones de grande oracion y contemplacion; y ahora apenas hallaréis un hombre de oracion, sino que cuando se trata de la contemplacion, les parece aquello como una algarabía ó metafísica, que no se entiende. La causa de esto, dice, es porque antiguamente aquellos santos monjes ejercitábanse mucho en oracion, y á los mancebos que entraban en los monasterios, luego los imponian é instruian en este ejercicio, y hacian que se ejercitasen mucho en él, como leemos en la Regla de san Pacomio, y de otros Padres de monjes. Y así da Gerson este consejo por muy im-

portante para los monasterios, que tengan varones espirituales, doctos y ejercitados en la oracion, que instruyan á los mancebos que entran, luego desde el principio, como se han de ejercitar en la oracion. Y nuestro Padre tomó tan de veras este consejo, y lo dejó tan encargado en las Constituciones (1), que no sólo á los principios en las casas de probacion quiere que haya quien instruya en esto á los que entran de nuevo, sino en todos los colegios y casas de la Compañía quiere que haya un prefecto de las cosas espirituales, que atienda á esto, y vea como procede cada uno en la oracion, por la importancia grande que entendió habia en ello.

Otra cosa nos ayudará tambien mucho para continuar este ejercicio de la oracion, y perseverar mucho en él, y es el tener grande amor á Dios y á las cosas espirituales. Y así decia el real Profeta: *Quomodo dilexi legem tuam, Domine? tota die meditatio mea est.* Psalm. CXVIII. Como amo, Señor, tanto vuestra ley, no me harto de pensar en ella de dia ni de noche; ese es todo mi gusto y entretenimiento: *Et meditabar in mandatis tuis, que dilexi.* Psalm. CXVIII. Pues si nosotros amásemos mucho á Dios, de buena gana nos estaríamos pensando en él dias y noches, y no nos faltaria qué pensar. ¡Oh qué de buena gana se está pensando la ma-

(1) Part. 3 Constit. cap. 1, § 12; et p. 4, cap. 10, § 7.

dre en el hijo que tiernamente ama, y qué poca necesidad tiene de discursos y consideraciones para regalarse con su memoria! En hablándole de él, luego se le enternecen las entrañas, y se le saltan las lágrimas de sus ojos, sin mas discursos ni consideraciones. Comenzad á tratar á una viuda de su marido difunto que mucho amaba, y veréis como luego comienza á suspirar y á llorar. Pues si esto puede el amor natural, ¿qué digo, el amor natural? si el amor furioso de un perdido vemos que le suele traer muchas veces tan absorto y embebecido en aquello que ama, que no parece que puede pensar en otra cosa, ¿cuánto mas podrá esto el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? Porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza y la culpa. Si Dios fuese todo nuestro tesoro, luego se nos iria ahí el corazón: *Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* Matth. IX. Cada uno piensa de buena gana en aquello que ama, y en aquello de que gusta; y por eso dice la Escritura divina: *Gustavit, et vidit: gustate, et videte; quoniam suavis est Dominus.* Prov. XIII. El gusto precede al ver, y el ver causa mas gusto y mas amor; y así dice santo Tomás (1), tratando de esto, que la contemplacion es hija del amor; porque su principio es amor: y dice tambien que su fin es amor; porque de amar á Dios se mueve

(1) D. Thom. 2, 2, q. 180, art. 7 ad 1.

uno á pensar y contemplar en él; cuanto mas le mira y le contempla, mas le ama; porque las cosas buenas miradas nos convidan á amarlas; y mientras mas las miramos, mas las amamos, y mas nos holgamos de estárnoslas mirando y amando.

### CAPÍTULO XVIII.

*Muéstrase prácticamente como está en nuestra mano tener siempre buena oracion, y sacar fruto de ella.*

La oracion especialísima y extraordinaria, de que dijimos arriba en el capítulo 4, es un don particularísimo de Dios, el cual no da á todos, sino á quien él es servido; pero la oracion mental ordinaria y llana, de que ahora vamos tratando, no la niega el Señor á nadie. Y es error de algunos, que porque no alcanzan aquella rica oracion y contemplacion, les parece que no pueden tener oracion, ó que no son para ella, siendo esta otra muy buena y muy provechosa oracion, y que con ella podemos ser perfectos; y que si Dios nos quiere dar aquella alta, esta es muy buena y muy propia disposicion. Pues esta oracion irémos ahora declarando, como con la gracia del Señor está en nuestra mano tenerla siempre bien, y sacar fruto de ella, que es cosa de gran consuelo. Por dos vias pode-

mos colegir esto muy bien de lo dicho. La primera, porque el modo de oracion que nuestro Padre nos enseña es ejercitar allí las tres potencias de nuestra alma, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion; y luego entrar con el entendimiento, discurriendo, meditando y considerando aquellas cosas que mas nos ayudarán á mover nuestra voluntad; y luego se han de seguir los afectos y deseos de la voluntad; y esto tercero dijimos que es lo principal, y el fruto que habemos de sacar de la oracion. De manera que no consiste la oracion en las dulzuras y gustos sensibles que sentimos y experimentamos algunas veces, sino en los actos que hacemos en las potencias de nuestra alma. Pues hacer esto siempre está en nuestra mano, por mas secos y desconsolados que estemos: porque aunque esté yo mas seco que un palo, y mas duro que una piedra, está en mi mano, con el favor del Señor, hacer un acto de aborrecimiento y dolor de mis pecados, y un acto de amor de Dios, y un acto de paciencia, y un acto de humildad, y de desear ser despreciado y tenido en poco, por imitar á Cristo, despreciado y tenido en poco por mí.

Es menester advertir aquí, que no está el negocio de tener buena oracion, ni el fruto de ella, en que uno haga esos actos con gusto y consolacion sensible, ni en que